



HAL
open science

Migración Hispano-Mexicana. Un caso de ida y vuelta: el teniente coronel Aníbal Gabucio

Benjamín Flores Hernández

► **To cite this version:**

Benjamín Flores Hernández. Migración Hispano-Mexicana. Un caso de ida y vuelta: el teniente coronel Aníbal Gabucio. Encuentro de Latinoamericanistas Españoles (12. 2006. Santander): Viejas y nuevas alianzas entre América Latina y España, 2006, s.l., España. pp.105-113. halshs-00103050

HAL Id: halshs-00103050

<https://shs.hal.science/halshs-00103050>

Submitted on 3 Oct 2006

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

MIGRACIÓN HIPANO-MEXICANA. UN CASO DE IDA Y VUELTA: EL TENIENTE CORONEL ANÍBAL GABUCIO

Benjamín FLORES HERNÁNDEZ
Universidad Autónoma de Aguascalientes
bflores@correo.uaa.mx

RESUMEN: Se hace referencia al caso de un emigrante mallorquín (Manuel Gabucio Maroto), que pasó a Tabasco, México, alrededor de 1887, donde estableció diversas empresas comerciales y marítimas y donde casó con la hija de un importante político y escritor, uno de cuyos hijos, nacido ya en México, estudió en el Colegio Militar y participó en la Revolución Mexicana de 1910, y luego tomó parte en la Guerra Civil Española, precisamente como militar (teniente coronel de artillería), habiendo tenido a su cargo la artillería en la defensa de Madrid, bajo las órdenes de Kléber. Asimismo se hace breve referencia a la hermana de Anibal, Carmen, modelo del pintor Julio Romero de Torres y también actuante en la Guerra Civil, del lado nacionalista. Interés central es remarcar la pervivencia de estrechos vínculos de relación con la patria de origen de los descendientes de los emigrados.

Palabras Clave: Emigración, Guerra Civil, Tabasco, Artillería, Historia familiar.

Un tema de historia familiar

Voy a referirme en las siguientes cuartillas a un aspecto para mí entrañable de mi propio pasado familiar. Lo elegí cuando supe de la temática del simposio coordinado por mi amiga Josefina Mac Gregor, quien me sugirió tratar de él y no de otro acerca del tradicional objeto de mis preferencias historiográficas: la conflictiva presencia de los toreros españoles en el México de los siglos XIX y XX.

Creo yo que a estas alturas de los estudios sobre el pasado humano, cuando la premisa de que *todo es historia* –en lo temático, en lo metodológico, en la presentación de resultados- resulta incuestionable, no sólo es que una investigación con tal enfoque no merecerá el calificativo de frívola e irrelevante como quizás en otros tiempos, sino que se justificará como reveladora de novedosos saberes relativos a lo que fue el ayer, escudriñando en aspectos y circunstancias particularmente entrañables para los hombres y las mujeres interesados en descubrir la raíz completa de su presencia en el mundo. Punto de arranque para cualquier trayectoria personal, la vida familiar explica particularidades definitivas e irrenunciables del quién es quién de cada uno.

Es verdad que el conocimiento adecuado de lo que fueron las colectividades requiere el acercamiento a las características de la vida familiar propias de ellas: de cómo convivieron allí esposos, padres, hijos, hermanos, abuelos, tío, primos...; de cómo se hablaron, se quisieron, se enfrentaron, se perdonaron, se ayudaron, se soportaron...; en fin: se relacionaron desde el interior de una misma casa, en la que fueron bebés, niños, adolescentes, jóvenes, viejos...

Por lo demás, no creo pecar de ingenuo si digo que, en el caso concreto de los personajes ahora evocados, podremos encontrar acciones y sucesos en verdad interesantes, de alguna manera de significación para una historia de más amplia trascendencia. Manuel Sánchez Mármol, Kléber, Julio Romero de Torres, por ejemplo, son nombres que tienen indudable repercusión para el estudio, sin más, de la vida política y literaria mexicana, la guerra civil de 1936-1939 o la pintura española de la primera mitad del siglo XX, respectivamente. Asimismo, para el tema preciso de este simposio, la emigración española en América, particularmente en México, será interesantísima la referencia a un caso concreto de ella, de la forma específica en que ocurrió, en un lugar preciso del país –Tabasco-, no demasiado estudiado, precisamente venida de una particular región ibérica –las Islas Baleares- que no fue nunca la que más aportara al caudal de españoles arribados a nuestro país, y con una escala previa en Cuba que me parece resulta por demás reveladora.

Igualmente, en verdad que creo de lo más remarcable la circunstancia de la “vuelta” de tal corriente migratoria, es decir, de cómo dos de los hijos del primer viajero, a quien una de ellos ni siquiera llegara a conocer, andando el tiempo regresaron a la madre patria para participar de alguna manera en la historia de ella, en momentos particularmente significativos.

Empero, a pesar de lo apuntado acerca del atractivo *intrínseco* de lo aludido en este trabajo, debo decir que lo que a mí me lo hace más apetitoso, en un sentido en que quisiera hacerlo compartir a quienes aquí nos hemos congregado, es la relación personal que tiene conmigo: el hecho de tratarse del padre de mi abuela *Mamía*, aquel emprendedor mallorquín que un día arribó a Tabasco para establecer allí una familia que, luego, por motivos no buscados por él, debió abandonar, dejando en ella –su hija preferida- un hueco que siguió llorando hasta el fin de su vida, cuando reprochaba a su madre no haber querido dejar que alguno de sus hermanos mayores partiera a Colombia a acompañar a don Manuel, quien por allá debió morir en una tristísima soledad. Y, también, de la apasionante aventura existencial de mi tía Carmen, decidida y nada convencional mujer que de verdad me quiso y cuyo hispanismo *de derechas* compartí, en cuya compañía, alrededor de sabrosas mesas por ella condimentadas, tantos días pasé inacabables horas escarbando en sus recuerdos. Sirvan pues, también, estos párrafos como un sencillo homenaje a la memoria de ambas.

Otro comentario, antes de pasar al desarrollo del tema. El tratamiento que por ahora le he dado a éste es fundamentalmente el de *historia familiar*; en cuanto a que está basado sobre todo en recuerdos, anécdotas y narraciones escuchadas de labios de mi abuela, de mi madre, de mis tíos, así como en noticias leídas en papeles guardados en nuestras casas. Dada mi residencia actual en Aguascalientes no he incursionado como podría haberlo hecho en bibliotecas y archivos defieños y tabasqueños, y mucho menos

españoles, en los que de seguro se completaría la documentación sobre el asunto. Es un pendiente que espero salvar pronto. Pero por ahora, para mis expectativas de este congreso, creo que basta lo que aquí digo. Con su permiso.

El camino de ida: la trayectoria del “morito” Manuel Gabucio y de su familia

Mi bisabuelo, Manuel Gabucio Maroto, nació en Palma de Mallorca por 1859 o 1860, hijo de José Gabucio Jalou y Josefa Maroto. Se dice que su abuelo paterno había sido suizo italiano y había españolizado su apellido original de Gabuzzi; por el lado materno, pertenecía a una importante familia mallorquina¹. Los hijos de José y Josefa fueron siete: cuatro mujeres –Carmen, Francisca, Isabel y Mariana – y tres hombres –José, Juan y Manuel, el menor de todos-. Huérfano desde niño, quedó al cuidado de sus hermanas, perteneció un tiempo al ejército español en la rama de artillería y, después de una estancia en La Habana, arribó a San Juan Bautista -la actual Villahermosa, capital del estado de Tabasco- por 1887; ahí llegó a poseer una imprenta-papelería, que se llamó La Universal –“Talleres Tipo-Litográficos de Encuadernación y Rayado”², e intentó con desigual éxito una serie de negocios. Alrededor de su taller de impresión fomentó el cultivo de la literatura; no fue casualidad que entre sus empleados contara con el poeta Silvino Burelo (Santamaría, 1940: 65) o que el joven José Felipe Castellot le dedicara su libro de poemas *Brumas*, en 1895 (Castellot, 1895). Asimismo poseyó un rancho en la playa tabasqueña, por el rumbo de Paraíso.

Hacia 1890 se casó con mi bisabuela Berta Sánchez Mármol Cortes, hija de quien para entonces ya había sido secretario de Justicia en el gabinete del presidente legalista José María Iglesias y director fundador del Instituto Juárez de Tabasco, Manuel Sánchez Mármol (Cunduacán, Tab. 1839 – México, D. F., 1912), mismo que para 1892 sería electo diputado federal, por 1904 senador y poco después miembro de la Academia Mexicana de la Lengua Española. Mi bisabuela escribió poesías que publicó con el seudónimo de *átomo*. La boda civil se llevó a cabo en la quinta de recreo que el padre de la novia poseía en la colonia Atasta, de San Juan Bautista, y la religiosa en la iglesia de San Sebastián, del mismo rumbo, impartiendo la bendición nupcial el obispo Perfecto Amézquita y Gutiérrez (Bulnes, 1974: 90-92).³

Entre las actividades de Manuel Gabucio cuentan la creación de la empresa maderera Schindler y Gabucio, para explotar las selvas tabasqueñas y chiapanecas (Martínez Assad, 1996: cap. IV, parte 3)⁴, y la de la Compañía Comercial de México y Texas, S. A., la cual operaba la línea de “vapores mexicanos” Wolvin-Gabucio, que transportaba pasajeros y mercancías en los puertos del Golfo de México. Tal línea, de la que él fungía como gerente general, con sede en el puerto de Veracruz, se constituyó el 13 de septiembre de 1904, con capital social de 750 mil pesos oro; entre los socios capitalistas figuraba su suegro⁵.

¹ Bulnes 1974: 91) dice que el cónsul español en Tabasco, Juan Vidal Sánchez testificó, cuando el casamiento de Manuel Gabucio, que el abuelo de éste había sido Rafael Maroto (Lorca, 1783 –Valparaíso, 1853), el general que pactó con Baldomero Espartero el final de la guerra carlista, en lo que se conoce como “el abrazo de Vergara”, de 1839. Habría que corroborar esta relación directa de Manuel Gabucio con el célebre militar, que seguramente sí pertenecía a la misma rama del apellido, pero lo que se sabe es que don Rafael se casó con una señorita de Chile, en cuya guerra de independencia participó, y que incluso murió en aquella república sudamericana.

² Publicada en este lugar poseo una *Visita en honor de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro, arreglada por una sierva suya y dada á luz con la licencia de la autoridad eclesiástica*, de 1904; por cierto que dicha “siervas suya” era Berta S. M. de Gabucio, mi bisabuela, quien pidió permiso para sacar la *Visita* al Dr. Francisco Campos y Ángeles, a la sazón obispo de Tabasco.

³ Bulnes se refiere con detalle al “notable arreglo de este acontecimiento social” y al lujo de “palacio encantado” que tuvo la casa para tal día, con descripción decimonónica que seguramente transcribió de periódicos de la época. Al final del pasaje, apunta que “después de la ceremonia religiosa se sirvió espléndida cena. El joven abogado, Justo Cecilio Santa Anna Jiménez, pronunció bellissimo discurso nupcial. Don Manuel [Sánchez Mármol] soltó brillantes parábolas como mariposas de oro, y el licenciado Gustavo A. Zuzarte, con la dirección del Instituto ‘Juárez’ que recibió del licenciado Sánchez Mármol, cerró con palabras fluidas y elegantes aquel certamen de inteligencia y buen decir”.

⁴ Martínez Assad apunta en ese lugar que “rivalizando con esos dos grandes empresarios que tenían visión de la modernidad anunciada por el régimen [-Policarpo Valenzuela y la Casa Bulnes-], se encontraban los Romano, los Berreteaga, los Jarret y Sastré, los Schindler y Gabucio, los Troncoso y Silveti, quienes se interesaban en las regiones de las maderas y continuaron en el camino hacia la selva lacandona, que, por lo demás, los tabasqueños concebían como parte de su estado, o al menos consideraban como natural la explotación de sus recursos”.

⁵ Gracias a la amabilidad de Manuel Cossío Gabucio poseo copia del acta constitutiva de esa Compañía “de vapores correos entre los puertos del Golfo y Estados Unidos. Texas City, Texas - Tampico, Veracruz, Progreso, y puertos de la Bahía de la Ascensión – Campeche – Laguna – Frontera – San Juan Bautista, Tabasco –Coatzacoalcos –Salinas Cruz, conectando con los puertos del Pacífico, y en combinación con los ferrocarriles de la República de México y Estados Unidos”. Según recordaba mi abuela, fue el fracaso de esta línea, por el hundimiento de sus barcos –a los que se había conferido nombres “patrióticos” como *Cinco de mayo* y *Dos de abril*-, lo que determinó la ruina de Manuel Gabucio.

Hacia 1900 y 1904, mientras él se ocupaba en México en los citados asuntos, mandó a su familia a Palma en dos ocasiones; para entonces ya estaban mi abuela y varios de sus hermanos, entre ellos Aníbal. Allí nació Carmen, la cual no vino a México cuando los demás regresaron; no fue hasta que tenía siete años que, sola y encargada con el capitán del barco, llegó a Jalapa donde por entonces ya vivía su madre, pues después del fracaso de los negocios que había emprendido, su padre se encontraba por Centroamérica y Colombia en busca de mejores oportunidades.

El ánimo de Manuel Gabucio, para entonces, había decaído grandemente. Aunque se esforzó mucho no pudo recuperarse económicamente, y ni siquiera volver a ver a los suyos, y así fue cómo los menores de sus hijos no lo llegaron a conocer. El 19 de junio de 1907, por ejemplo, escribía a su esposa, desde Guatemala, reflexiones así de desencantadas:

Aunque he tenido mucha fuerza de voluntad, siempre las penas, los descalabros, los desengaños y las naturales luchas han hecho fuerte mella en mí. Estoy muy acabado y aunque la moral no me abandona, la materia se acaba. Creo que no me dará tiempo a volveros lo que yo quisiera daros. No confíes en el futuro. Piensa que pronto podré hacer algo por uds., pero que también ese algo, pronto puede acabar para siempre. Educa a tus hijos e hijas en el trabajo que así pronto podrán ayudarte y no por eso dejarán de ser felices si la base es la economía, la honradez y el trabajo. Me siento muy decaído, muy gastado y enfermo sin que pueda precisar mi mal. Si ni siquiera mis compromisos y mis obligaciones puedo llenar, ¿para qué vivir sufriendo y haciendo sufrir? Sea lo que Dios quiera.⁶

Luego estuvo en Bogotá y la muerte le llegó, finalmente, en el curso de 1910, en Puerto Limón, Costa Rica, alejado de la familia. Mi abuela estaba entonces interna en Puebla, estudiando la normal; al comunicarle la triste noticia, su madre le envió desde Jalapa este soneto:

A mi hija ausente, en la muerte de su amado padre

¡La desgracia terrible nos azota!
¡Comprendo tu dolor pobre María!
Que a apurar te obligó la suerte impía
lejos de mí, tan abrasante gota.

Mucho has de orar; que la oración que brota
del alma pura, cariñosa y pía,
logra alcanzar misericordia un día,
y da el consuelo en la región ignota.

La unión de afectos, por la muerte rota
no quedará tras de la tumba fría,
si cual incienso que en el éter flota,
de tu oración que elevas a porfía,
llega hasta el cielo la sentida nota
que exhale tu dolor; ¡tierna hija mía!⁷

Una vez viuda, mi bisabuela se inscribió en la Escuela de Altos Estudios de la Universidad y fue nombrada por Francisco I. Madero directora de la Escuela Industrial Corregidora de Querétaro, de la ciudad de México. Cuando falleció, el 18 de junio de 1948, se publicó en *Excelsior* un artículo en el que se hacían estas consideraciones acerca de su personalidad:

⁶ Carta en mi poder.

⁷ Hoja mecanoscrita en mi poder.

Como consta a todos los que la conocieron, la señora Berta Sánchez Mármol viuda de Gabucio, nunca fue lo que han dado en llamar “dama de sociedad”, como se asienta. El concepto que tuvo ella de la vida no le permitió perder el tiempo en atenciones sociales vanas y frívolas. Dedicada en cuerpo y alma a su hogar como esposa y madre ejemplar, enviudó en la flor de su edad (37 años), con diez hijos que no llegaban a la mayoría de edad.

Como medio honesto de vivir y por inclinación natural, ingresó al magisterio, del que formó parte por espacio de 38 años. Por afición, cultivó las letras y algunas artes como la música y la pintura. Bajo el pseudónimo de “Átomo”, indicativo de su humildad, produjo numerosas e inspiradas poesías, y algunos dramas, comedias, cuentos y novelas cortas que han permanecido casi totalmente inéditos, pues estas actividades fueron para ella un remanso espiritual y nunca buscaron publicidad. En el mismo plano produjo algunas sencillas composiciones musicales y algunas pinturas.

En 1909 se afilió al movimiento de renovación que encabezara el apóstol Madero, de quien fue amiga personal y leal y ferviente colaboradora y, después, a la Revolución Mexicana, con el sacrificio de sus hijos.

Fue la directora maderista de la escuela “Corregidora Ortiz de Domínguez” de esta ciudad. Sufrió la persecución de Victoriano Huerta y en 1915, el Primer Jefe la distinguió con honroso diploma que por sí solo acredita su inmaculada actuación revolucionaria. Años después recibió su título de Veterana de la Revolución, en un acto de elemental justicia.

Su gran fe católica y su bien comprendida condición de mujer, le impidieron tomar parte activa en los movimientos políticos del país, lo que en los últimos años de su vida activa, la hizo víctima de lamentable posterga en su actuación magisterial.

Como madre, fue heroica, abnegada y de entereza excepcional, con el heroísmo, abnegación y valor que son tradicionales en las genuinas madres mexicanas.

Como elemento social fue un valor positivo por su cultura e intelectualidad y merece el respeto y veneración de sus connacionales (Algunos datos..., 1948).⁸

En total, fueron diez los hijos del matrimonio: José Manuel, Joaquín, María, Aníbal, Mario, Ana, Vicente, Carmen, Antonio y Victoria. De ellos, sólo me referiré a los dos que tuvieron participación en la Guerra de España.

Explico lo de “el morito”, palabra con la que aludí a mi bisabuelo en el encabezado de este apartado. Alguna vez acudió Manuel Gabucio a una fiesta de disfraces vestido de moro, atuendo que por lo demás confirmaba su apariencia morena y barbada de tipo mediterráneo. Un afamado pintor quiso retratarlo de esa guisa y llevó a cabo una estupenda obra, misma que por varios años estuvo en la sala de mi casa y que todavía conserva uno de sus descendientes. Se cuenta en la familia que alguien –dicen que Manuelito, el hijo menor de Sánchez Mármol- sustrajo cierta vez el cuadro, causando con ello gran pesar a mi bisabuela, ya para entonces viuda y en muy mala situación financiera. Empero, un día que pasaba por allí alcanzó a ver que se ponía a subasta en el Monte de Piedad. Como pudo, pidió en el Monte se lo guardaran y con dificultades al fin consiguió lo necesario para desempeñarlo. Cuando el dependiente, sabedor de los trabajos de doña Berta por adquirirlo le preguntó: “¿Le gustó el morito, por lo visto, señora?”, ella enfatizó, al responderle: “Tan me gustó que nos casamos, y tuve diez hijos con él”.

Anibal Gabucio: un “hombre de México” en la defensa de Madrid

Anibal, que vio la luz en San Juan Bautista el 5 de octubre de 1895, estuvo en el Colegio Militar y parece que alcanzó grado de mayor. Debió tocarle ser de los cadetes que escoltaron al presidente Francisco I. Madero la mañana del 9 de febrero de 1913, en su marcha desde Chapultepec hasta Palacio Nacional, al estallar el cuartelazo encabezado por Bernardo Reyes, Félix Díaz y Manuel Mondragón, pues su nombre figura en el listado de revistas de administración del Colegio Militar de 31 de enero de 1913, como alumno de la 1ª. Compañía (Secretaría de la Defensa Nacional, 1973: tomo II, 74). No sé qué haría durante la

⁸ Cabe mencionar que más que amiga personal de Madero, doña Berta lo fue del vicepresidente José María Pino Suárez, tabasqueño.

Revolución, a qué grupo perteneció dentro de ella, aunque es seguro que sí tuvo entonces participación, quizás dentro del ejército federal. Tuvo desde joven una vida aventurera y agitada, e incluso durante varios años, en los treinta, estuvo por un buen tiempo preso en la Penitenciaría de Lecumberri. Al iniciarse la Guerra Civil se dirigió a España, adonde llegó todavía en el verano de 1936, en el barco *Magallanes*, en calidad de militar mexicano⁹. Enseguida se incorporó al ejército republicano, quedando bajo las órdenes de Cléber, el jefe de la XI Brigada Internacional¹⁰, quien le encomendó la artillería durante la defensa de Madrid, con grado de teniente coronel.¹¹

Entre otros testimonios sobre su actuación allí, Alejandro Gómez Maganda (Arenal de Gómez, Gro., 1910 – México, D. F., 1985), por entonces cónsul general de México en España, lo recuerda así en sus memorias *El vino del perdón*:

El Teniente Coronel Aníbal Gabucio puede ser concretado por la referencia jovial, que un día madrileño y sentado a su mesa, me hiciera jocosamente el General José Miaja Menant, con el que tuve a honor durante muchos años mantener la más estrecha amistad: “¿Qué si el Teniente Coronel Gabucio es eficaz? ¡Vaya si lo es!”, agregó aquel astur risueño, héroe del mundo a la sazón, y de España hasta la eternidad; “imagínese usted Gómez Maganda, que allá en los principios del asedio increíble; cuando hube de improvisar el Ejército del Centro con rapabarcas, estudiantes, guardias de asalto, pero sobre todo con obreros, campesinos, además de alguno que otro guardia civil, que no pudo marcharse a tiempo; encargué a Gabucio, batiera el difícil terreno de la Estación del Norte. Él cumplió, es claro, y una vez que tendió una cerrada cortina de metralla, como buen artillero que es, el enemigo no pudo avanzar un centímetro; ¡ah pero ni nosotros tampoco!” Y la alegre carcajada del defensor de Madrid, se quedó rebotando por algunos minutos entre los setos y frondas del Mío Rinconcín, donde placiale comer a menudo. (Gómez Maganda, 1971:32)¹²

A lo que recuerda Gómez Maganda, fueron quinientos los militares mexicanos que actuaron del lado de la República en la lucha de 1936-1939 (Gómez Maganda, 1971: 42), de los cuales apunta que sólo sobrevivieron 45. Entre ellos hace especial mención del comandante Roberto García Arana, el coronel Juan B. Gómez, jefe de la 115 Brigada –al lado del cual algún tiempo fungió el célebre muralista David Alfaro Siqueiros como jefe de su estado mayor-, el general Guerrero Mejía, el coronel Isaías Acosta H. Luz, Epigmenio Guzmán, Antonio Gómez y uno apellidado Ortiz Rubio.¹³

⁹ El *Magallanes* fue el buque español en el que llegaron a la península los 20 mil fusiles y 20 millones de cartuchos que el gobierno mexicano de Lázaro Cárdenas vendió a la república española. Su arribo a costas ibéricas ocurrió poco antes de la batalla de Madrid, seguramente en septiembre de 1936.

¹⁰ Emilio Kléber, nombre de guerra de Lazar Manfred Stern (1895-1939), tomado de uno de los generales de la Revolución Francesa, fue un judío originario de Bucovina, en Rumania, que durante la guerra de España, al servicio del comunismo ruso, desempeñó importantes mandos militares y sirvió en labores de espionaje. Alcanzó gran popularidad durante la defensa de Madrid gracias a la propaganda comunista, pero enfrentado con Miaja fue enviado a Valencia y destituido de su mando en la XI Brigada; posteriormente volvió a intervenir en la lucha armada, en Brunete y Belchite, pero ya con menos fama. Durante la primera guerra mundial había combatido dentro del ejército austrohúngaro y sido hecho prisionero por los rusos. Estando en Siberia se adhirió a la revolución bolchevique. Perteneció a la sección militar del Komintern, y antes de España estuvo en China, Abisinia y Brasil. Perdería la vida en las purgas llevadas a cabo por Stalin.

¹¹ Es de recordar que la batalla por Madrid se inició el 8 de noviembre de 1936, después de la salida del gobierno republicano encabezado por Francisco Largo Caballero rumbo a Valencia dos días antes, encomendándose la defensa de la capital al general José Miaja, quien tuvo como jefe de su estado mayor al entonces teniente coronel Vicente Rojo. Para la tarde de ese día 8, ya ocupaba su puesto en el frente la XI Brigada Internacional, con sus tres batallones “Edgar André”, “Comuna de París” y “Dombrowsky”, así como el batallón de españoles “Asturias-Heredia”. En los siguientes días se unió a la contienda la XII Brigada, así como el Quinto Regimiento y más tarde los anarquistas catalanes con Buenaventura Durruti al mando. Para el 23 de ese mes, ante la férrea resistencia y al comprobar la imposibilidad de un triunfo rápido, los nacionalistas, que allí jefaturaba el general Varela, decidieron abandonar el ataque frontal sobre la antigua villa y corte, iniciándose entonces una lucha de trincheras.

¹² En el ejemplar del libro de Gómez Maganda que tengo en mi poder figura una dedicatoria manuscrita de su autor “Para mi buen amigo el Ing. José Manuel Gabucio, como un recuerdo muy grato de su hermano Aníbal, mi compañero del Colegio Militar y de la Guerra Civil de España”, firmada el 19 de marzo de 1971, curiosamente el mismo día de la muerte de mi tío José Manuel.

¹³ Anécdota digna de recuerdo es la de que este Ortiz Rubio, juchiteco, indio zapoteca, por un tiempo fue jefe de un batallón de polacos que a sí mismos se llamaban los “Diablos Rojos”, y que con respecto a su manera de comunicarse con gente tan extraña a su idioma, comentó a Gómez Maganda que “a la hora de llegar a los tiznadazos se entiende cualquiera”. (Gómez Maganda, 1971: 32).

Y Carlos Denegri (Argentina, 1910 – México, D. F., 1970), joven periodista por entonces e hijo del embajador de México en España, lo cita de este modo en un artículo que se tituló precisamente “Gabucio, hombre de México”, y que debió aparecer en *Exaelsior*, que era donde escribía:

Formada la Columna Internacional, Gabucio se enlista y está en el frente. Conoce a “El Viejo”, “El Chato” y a todos los otros hermanos cañones. Hermanos porque los quiere y porque sirven la causa justa. Nos dice: “Mis deseos eran tan grandes, sentía mi sinceridad de tal modo que no podía menos de poner en cada tiro todo mi corazón”. Este no es el hombre feroz que conocemos por los comentarios en el frente. Este es el hombre humano para quien la metralla no es otra cosa que el dique puesto al enemigo del pueblo.

Luego nos muestra un papel sencillo que dice: “República Española. 11ª. Brigada Móvil. Brigada Internacional. Comandancia General. El teniente coronel Anibal Gabucio Sánchez ha sido designado por el General Kléber, como Jefe de la Artillería del Sector bajo su mando y por lo tanto puede transmitir órdenes de tiro que habrán de cumplirse”. Otro del Estado Mayor del Ministerio de la Guerra lo acredita como inventor de varios dispositivos de guerra con el fin de que se le den toda clase de facilidades para las pruebas y construcción de sus aparatos.

El artillero mexicano tiene bajo su mando setenta cañones que defienden las puertas de Madrid. Los otros mexicanos, los que caminamos por Madrid, no podemos menos que sentir un nudo en la garganta cuando pensamos que los mil trescientos disparos de cañón que Gabucio ha disparado en un solo día y que han contribuido a esta defensa heroica de la ciudad, son ejecución, mando y responsabilidad de un compatriota. (Denegri, 1936)¹⁴

Moriría en 1960, cuando hacía ya muchos años que vivía en el manicomio de La Castañeda, donde seguía elucubrando genialidades y de donde de vez en cuando le daban permiso de salir. Aseguraba que había estado recluido “en todo tipo de prisiones”. Yo lo conocí mucho porque iba de visita a la casa, donde vivía mi abuela, su hermana. La familia lo recuerda como un loco genial, que hacía “inventos” que según dicen resultaron anticipaciones. Nunca se casó ni tuvo descendientes.

Otra hija: Carmen, modelo para la Virgen de los Faroles

Carmen, que mentía haber nacido el primero de enero de 1901, cuando en realidad era un año más joven, se casó antes de cumplir veinte años con el periodista y escritor asturiano -parece que particularmente importante como poeta- Alfonso Camín (Porces, Gijón, 1890 – Porces, 1982), bastante mayor que ella y quien habría de vivir casi el siglo. Por esa época Camín dirigía en la ciudad de México la revista *Don Quijote*, al servicio de la colonia hispana.

Cuando se casó, su madre le dedicó este madrigal:

A mi hija Carmen

El vate altanero de lira argentada
de ruda canción,
aquel que en su porte lleva las señales
de los trovadores de eras medievales;
cierta noche, cabe de una encrucijada
miró entre las sombras brillar dos puñales
que se le clavaron en el corazón.
Y ya nunca pudo vagar orgulloso
de las libertades blandiendo el pendón,
desde que, en el bosque de los ideales,
tus ojos le dieron la muerte, a traición. (Sánchez Mármol, 1922:16)

¹⁴ El recorte de periódico del artículo de Denegri que poseo no tiene indicación de fecha ni procedencia. Debe ser de finales de 1936 y seguramente apareció en *Exaelsior*, que como ya se dijo era donde publicaba Denegri.

Pronto se separaron, después de tener un solo hijo, Manuel Camín Gabucio, que sería periodista en *Excelsior* hasta morir por 1990, antes que su madre, y donde dirigiera *Últimas Noticias*. Una vez divorciada se fue a España, adonde llegó por 1925.

Allí hizo de todo, entre otras cosas de corista en el Teatro Apolo; en esa época conoció a José Antonio Primo de Rivera, que era “novio” de una compañera suya. Entró en contacto con las peñas artísticas y literarias que por entonces brillaban en Madrid, y particularmente concurrió a la que frecuentaban Ramón del Valle Inclán –quien le decía le recordaba a la *Niña Chole*, la heroína mexicana de su *Sonata de Estío*- y Julio Romero de Torres (Córdoba, 1874 – Córdoba, 1930), el que “pintó a la mujer morena”, como dice la canción, con quien llegó a intimar y a quien sirvió de modelo para varios cuadros, el más conocido el intitulado *La Virgen de los Faroles*, que se colocó en la parte externa de la catedral de Córdoba. En una guía de *El Museo de Julio Romero de Torres*, escrita por Miguel Salcedo Hierro, se hacen estos apuntamientos con respecto al cuadro y a la modelo:

“La Virgen de los Faroles”, que así se llama por designación popular, es una muestra formidable del concepto místico que también anida en al alma de Romero de Torres. La tradición general asegura que Julio tomó de modelo a una gitana; pero no es cierto: se trata de una joven mexicana, llamada Carmen Gabucio; también posó la misma modelo para la monjita del cuadro, símbolo del amor divino; la modelo para la mujer de la mantilla –el amor profano- fue una señorita de Huelva. (Salcedo Hierro, 1975: 24)

Poco antes de iniciar la guerra se afilió a Falange, y en los primeros días después del 18 de julio ayudó a mucha gente a refugiarse en la embajada mexicana, lo que consiguió así por su pasaporte mexicano cuanto porque portaba brazalete de la Cruz Roja. Alguien me aseguró que hizo labor de espionaje, fotografiando planos. De cualquier modo fue delatada –ella decía que por su propio hermano Aníbal- y hecha prisionera, y como tal permaneció hasta el final de la guerra, en Madrid y en Murcia. Fue condenada a muerte pero consiguió que la sentencia no se cumpliera, entre otras cosas por la presión que desde México ejerció la familia.

Una vez liberada el 9 de marzo de 1939 –por allí tengo el documento en que consta su libertad¹⁵- siguió frecuentando los círculos intelectuales. Tenía certificado de excombatiente expedido en 8 de agosto de 1941¹⁶. Entre sus mejores amigos estuvieron dos escritores no tan recordados como debieran: Emilio Carrère, el poeta de la bohemia madrileña (Madrid, 1881 – Madrid, 1947), y César González-Ruano (Madrid, 1903 – Madrid, 1965) el escritor devoto de las tertulias que se había hecho célebre desde la década de los treinta con sus entrevistas periodísticas a varias celebridades, entre ellas a José Antonio Primo de Rivera, y que luego siguió escribiendo y obteniendo premios con sus crónicas, novelas y cuentos; este último la menciona continuamente en su *Diario íntimo (1951-1965)*, que publicó Taurus en 1970.

Le gustaba escribir, y lo hacía muy bien, sobre todo en poesía, y en alguna ocasión tuvo un programa de radio. Se jubiló como empleada en el Colegio de Abogados de Madrid. Durante mis estancias españolas de 1975 y 1979-1980 platicábamos muchísimo en su *cueva* de Almería 8, junto a la Plaza de la América Española, muy cerca del coso taurino de Las Ventas. Por entonces todavía visitaba a alguna de las ya marchitadas bellezas cordobesas que pintara Romero de Torres, entre ellas a la célebre *Chiquita piconera*, así como a sus excompañeras de la prisión. Ya con los achaques propios de sus más de noventa años, por 1993 su hermana menor la trajo a Cuernavaca, donde murió pocos meses después.

Las ramas del árbol: los Gabucio en el México del siglo XXI

Desde que hace unos cuatro o cinco años murió Victoria, ya no queda vivo ninguno de los hijos de Manuel Gabucio Maroto y de Berta Sánchez Mármol. De los veintisiete nietos también ya casi la mitad ha

¹⁵ Sello de “Prisión de Mujeres. Madrid. Dirección”.

¹⁶ En mi poder. Lo firma en Madrid Francisco Portillo Díez de Sollano, “capitán de la Legión, caballero mutilado por la patria, delegado provincial circunstancial de ex-combatientes de Madrid”, de Falange Española Tradicionalista y de las J. O. N. S.

dejado de existir; de éstos, sólo cinco llevaban el apellido en primer lugar, y de ellos, además, únicamente dos –Manuel y Jaime– fueron varones para transmitir el Gabucio a sus descendientes.

En la actualidad viven nietos, bisnietos, tataranietos y choznos de la pareja, y como es natural entre ellos hay de todo, en cuanto a actividad, convicción, talante y circunstancia. La mayor parte están en la república mexicana –ninguno en Tabasco, por cierto–, algunos residen en Estados Unidos y hay uno en Francia. Después de Carmen nadie ha ido a radicar definitivamente a España, aunque cuando menos allá nacieron dos de los de la prole.

Referencias

Algunos datos más acerca de la Sra. Berta Sánchez Mármol viuda de Gabucio. *Excélsior*. 23 de junio de 1948.

BULNES, Pepe. *Licenciado Manuel Sánchez Mármol*. 1ª edición. México: Ediciones propiedad del autor, 1974.

CASTELLOT, José Felipe. *Brumas*. 1ª edición. San Juan Bautista, 1895.

DENEGRI, Carlos. Gabucio, hombre de México. *Excélsior*. 1936. (Recorte de periódico en mi poder, sin fecha precisa).

GARCÍA SERRANO, Rafael. *Diccionario para un macuto*. 1ª edición. Barcelona: Planta, 1979.

GÓMEZ MAGANDA, Alejandro. *El vino del perdón*. 1ª edición. México: Instituto Mexicano de Cultura, 1971.

GONZÁLEZ-RUANO, César. *Diario íntimo*. 1ª edición. Madrid: Taurus, 1970.

JACKSON, Gabriel. *La república española y la guerra civil*. Barcelona: Orbis, 1985.

MARTÍNEZ ASSAD, Carlos. *Breve historia de Tabasco*. 1ª edición. México: Fondo de Cultura Económica, 1996.

SALCEDO HIERRO, *El Museo Julio Romero de Torres*. 2ª edición. León: Everest, 1975.

SÁNCHEZ MÁRMOL, Berta. *Madrigales*. 2ª edición. México: edición del autor, 1922.

SANTAMARÍA, Francisco J. *Antología de poesía tabasqueña*. 1ª edición. México: Ediciones Santamaría, 1940.

SECRETARÍA DE LA DEFENSA NACIONAL. *Historia del Colegio Militar. Sesquicentenario de su fundación, 1823-1973*. 1ª edición. 4 tomos. México: Secretaría de la Defensa Nacional, 1973.

ZUGAZAGOITIA, Julián. *Guerra y vicisitudes de los españoles*. 1ª edición. 2 volúmenes. París: Librería Española, 1968.